

—Te suplico que lo leas.

—¿Para qué?—dijo ella.

Leyó bajo: "Venga usted, graves ^{apreciaciones.}
Presencia absolutamente necesaria. Salga hoy."

Dobló el papel y se lo devolvió.

—¿Te vas según eso?

—Es forzoso.

—¿Y cuándo?

—Esta noche.

Luisa se levantó bruscamente y alargando su mano:

—¡Bueno, adiós!

—Eres cruel, Luisa—murmuró él.—No importa... Pero hay algo que es forzoso terminar... ¿Hablaste á esa mujer?

—Está todo arreglado—respondió Luisa frunciendo el ceño.

Basilio dijo con solemnidad:

—Niña mía, sé que eres orgullosa; pero te pido que digas la verdad porque no quiero dejarte dificultades. ¿La hablaste?

—Te digo que todo está arreglado.

Basilio, preocupado, estaba un poco pálido. Sacó una cartera y dijo:

—Corriente, pero como no sabemos con quien tratamos, es posible y lógico que haya más exigencias...

Y abriendo la cartera, sacó un sobre pequeño y abultado.

Luisa, muy encendida, seguía todos sus movimientos.

—Para que te puedas entender mejor con ella, me parece bien dejarte dinero...

—¿Estás loco?—dijo Luisa.

—Pero...

—¿Quieres darme dinero?...—dijo Luisa temblándole la voz.

—Pero... creo que...

—¡Adiós!—dijo ella indignada, levantándose.

—¡Luisa por amor de Dios, no me has comprendido!

Luisa detúvose y precipitadamente, como deseando acabar, murmuró:

—Te he comprendido... gracias... No es necesario... Estoy nerviosa... No prolonguemos más esto... ¡Adiós!

—Ya sabes que vuelvo dentro de tres semanas...

—Bien, entonces nos veremos.

El la besó en la boca y encontró unos labios fríos é inertes.

Aquel despego le irritó. La oprimió contra su pecho, y la dijo apasionadamente:

—¿No quieres darme un beso?

Pasó por los ojos de Luisa un fugaz relámpago; le besó rápidamente, y retrocediendo:

—¡Adiós!—dijo.

Basilio la miró un instante, y suspiró:

—Adiós—repuso..

Y volviéndose desde la puerta, añadió:

—Al menos, escribeme; Rue Saint-Florentin, 22.

Luisa desde la ventana le vió encender el cigarro en la calle, hablar al cochero, subir al cupé, cerrar la portezuela de golpe... ¡Sin mirar una vez para ella!

Se alejó el coche; era el número 10. No volvería á ver á Basilio. Habían palpitado con igual amor, habían cometido idéntico delito. El partía alegre, llevando los recuerdos romancescos de la aventura; ella quedaba con las permanentes amarguras de la caída... ¡Así era el mundo!

Entró despacio en su cuarto y se dejó caer sobre

el sofá; vió en el suelo la maleta preparada para huir, la abrió y empezó a sacar ropa: en una chambrea bordada halló el retrato de Jorge. Lo retuvo en la mano contemplando su leal mirada y su honrada sonrisa... ¡No, no estaba sola en el mundo! ¡Le quedaba él! ¡La amaba y nunca la haría traición ni la abandonaría! Y besando el retrato convulsivamente, cayó de bruceas sobre el sofá, llorando y diciendo:

—¡Perdóname, Jorge mío, mi querido Jorge, Jorge de mi alma!

Después de comer vino Juana a decir tímidamente:

—¿Le parece a la señorita que sería bueno averiguar algo de la señora Juliana?

—¿Cómo se averigua?

—Suele ir a veces a casa de una amiga suya, que vive hacia el Carmen. Tal vez la haya dado algo y esté mala, porque no mandar recado desde ayer por la mañana... yo puedo ir a saber algo.

—Bueno, vaya usted.

Aquella desaparición inquietaba a Luisa. ¿Dónde estaba, qué hacía? Creía que algo se tramaba en secreto, que estallaría terrible sobre su cabeza.

Anocheció y encendió las bujías. Tenía cierto terror de estar sola en casa, y paseando por la habitación, pensaba que Basilio compraba alegremente a aquella hora su billete en Santa Polonia; se instalaba en su vagón, encendía un cigarro, y a poco el suave arranque de la locomotora se lo llevaba para siempre, huía. Y a pesar de que le odiaba ya, sentía dentro algo que sangraba dolorosamente.

Eran las nueve cuando sonó la campanilla. Creyó que sería Juana, y fué a abrir con una palmaria en la mano. Retrocedió al ver a Juliana, lívida y alterada.

—¿Hace el favor la señora de oír una palabra?

Entró detrás de Luisa y rompió á gritar furiosa: —¿Cree la señora que esto quedará así? ¿Cree la señora que, porque su amante se escurre, quedará así?

—¿Pero qué, mujer?— dijo Luisa petrificada.

—¿Que si usted cree que porque se va su amante, va á quedar esto en nada?— repitió.

—¡Mujer, por amor de Dios!

Su voz era tan angustiosa, que Juliana siguió más bajo:

—La señora sabe que yo guardaba las cartas para algo; quería pedir al primo de la señora que me ayudase. Estoy cansada de trabajar, y quiero reposo. Fuí al hotel esta tarde. El primo de la señora se había ido para Olivares, ó para el infierno. El criado irá esta noche con las maletas; pero ¿piensa la señora que á mí se me burla?—Y añadió, dando con el puño sobre la mesa:—¡Que me parta un rayo si no hay en esta casa una desgracia, de la que se habla en todo Portugal!

—¿Cuánto quiere usted por las cartas, ladrona?— dijo Luisa levantándose.

Juliana pensó un instante.

—O me da la señora seiscientos mil reis, ó no doy los papeles—respondió creciéndose.

—¡Seiscientos mil reis! ¿Pero dónde quiere usted que encuentre yo esa cantidad?

—¡En el infierno! O me da los seiscientos mil reis, ó tan fijo como estoy aquí, que en cuanto venga su marido se las leo.

Luisa, aniquilada, dejóse caer en una silla.

—¡Qué he hecho para esto, Dios mío!

Insolentemente, Juliana, plantándose delante de ella, dijo;

—Dice bien, la señora; soy una ladrona: cogí una carta de la basura y saqué las otras de la gaveta. Y

fué para que me las pagaran. ¡Había de llegarme mi vez! He sufrido mucho y estoy harta. Busque el dinero donde quiera, pero no serán ni cinco reis menos. He pasado años y años fastidiándome. Mientras la señora está de bureo, yo me mato á trabajar de la mañana á la noche para ganar cincuenta reales al mes. Me levanto á las seis y en seguida á limpiar, barrer y arreglar, y en tanto la señora está entre sábanas, sin cuidados. Hace un mes que me levanto mucho antes, para almidonar y planchar. Y la señora ensucia que ensucia, yendo á ver á quien le parece, y aquí está la negra matándose con la plancha en la mano. Para la señora, todo son paseos, coches, vestir de seda, lo que se le antoja; ¡pero esta negra, que se fastidie!

Luisa, anonadada, se encogía bajo aquella cólera como el pájaro bajo la red.

Juliana se exaltaba.

—¿Pues qué quería? ¿Que yo comiera las sobras y la señora siempre los bocados buenos? ¿Quién me da una gota de vino, si la deseo, después de trabajar todo el día? ¡Tengo que comprarlo! La criada es un animal: trabaja si puede, y si no, á la calle ó al hospital. Pero me llegó mi vez—añadió con furia vengativa.—¡Ahora, mando yo!

Luisa sollozaba.

—¡Llora la señoral ¡También yo he llorado mucho! No le quiero mal, no; que se divierta y goce, pero yo quiero mi dinero: lo quiero aquí todo, ó se hablará mucho de estos papeles.

Calló rendida y luego siguió con voz cansada:

—Deme la señora mi dinero, mi querido dinero, y aquí tendrá sus papeles. ¡También la digo que me mate un rayo ahora mismo, si después que me dé el dinero se abre mi bocal

Luisa se levantó muy pálida.

—Bueno—murmuró débilmente.—Yo la proporcionaré ese dinero. Espere usted unos días.

Hubo un silencio que, después del ruido, parecía más profundo. Apenas si el reloj batía su *tic tac*, y las dos velas del tocador, al consumirse, daban escasísima luz.

Juliana tomó la sombrilla, se puso el chal, y después de mirar un momento á Luisa, dijo con sequedad:

—Está bien, señora.

Volvió la espalda y se fué, oyéndose cerrar la cancela con fuerza.

—¡Qué expiación, Dios mío!—exclamó, cayendo sobre una silla y llorando.

Eran ya las diez cuando volvió Juana.

—No he podido saber nada, señorita—dijo.—Nadie sabe de ella.

—Bueno, traiga usted la lamparilla.

Y al irse, Juana, murmuraba:

—Esa buena mujer tiene *llo*, y estará por ahí con algún indecente

¡Qué noche pasó Luis! A cada momento se despertaba sobresaltada: abría los ojos y sentía en el alma aquella punzante preocupación. ¿Qué haría? ¿Cómo encontraría dinero? ¡Seiscientos mil reis! Sus joyas valdrían á lo sumo doscientos mil, y además, ¿qué diría Jorge? Tenía cubiertos, pero era lo mismo.

La noche estaba calurosa, y en su inquietud, apenas se cubría con la sábana. A veces le adormecía la fatiga, haciéndola soñar. Veía relucir montañas de libras esterlinas y voltear mazos de billetes en el aire. Se incorporaba para apoderarse de todo, pero las monedas rodaban por el pavimento y los billetes volaban con irónico ruido de alas. Otras veces era alguien que entraba, é inclinándose con respeto y sombrero en mano, sacaba de él y le ponía en el regazo monedas de cinco mil reis, muchas, muchísimas libras esterlinas. Desconocía á aquel hombre, que llevaba roja capa y aire imprudente. ¿Sería el diablo? ¿Y qué importaba? ¡Estaría salvada! Se puso á llamar á Juliana y á correr tras de ella por un pasillo sin fin, que se estrechaba hasta ser como una hendidura, por la que se arrastraba, respirando mal

y apretando siempre el montón de dinero, que le daba frío, sobre el desnudo pecho. Despertó asustada; el contraste de su miseria real con aquellas riquezas soñadas, fué como un aumento de amargura.

¿Quién podría ayudarla? ¡Sebastián! Sebastián era rico y bueno... Pero llamarle y decirle... ella, la mujer de Jorge: "—Présteme usted seiscientos mil reis. —¿Para qué? —Para rescatar unas cartas escritas á un amante." ¿Era posible? No; estaba perdida y sólo le quedaba el convento.

A cada paso volvía la almohada, que le quemaba el rostro, y de costado, con la cabeza sobre el desnudo brazo, pensaba con amargura en la llegada de Basilio, el paseo por Campo Grande, la primera visita al *Paraiso*.

Aquel infame estaría durmiendo sobre las colchonetitas del vagón... y ella, allí, agonizando...

Sacudió la sábana que le sofocaba y quedó descubierta, confundiendo con la blancura de la ropa, y así se durmió cuando rompía el alba.

Despertó tarde y cansada, pero vió en el comedor la belleza de la espléndida mañana, y aquello la reanimó. El sol entraba radiante por la abierta ventana; cantaban los canarios, de la antigua herrería salían ruidos de alegre martilleo, y el azul del cielo era purísimo. Aquella alegría le dió un valor inesperado. No debía abandonarse á inerte desesperación. Debía luchar.

Entonces sintióse esperanzada; Sebastián era bueno; Leopoldina tenía salidas para todo y conocería medios por los cuales pudiera, en definitiva, reunir seiscientos mil reis: se salvaría; Juliana se iría y volvería Jorge. De este modo veía, alborozada, dichas perspectivas en venideros tiempos.

A las doce, el criado de Sebastián fué á participar

que su amo había llegado de Almada. deseando saber cómo seguía la señora.

Corrió á la puerta: díjole que rogaba al señor don Sebastián, fuera cuando le fuese posible.

Se acabó; estaba resuelta. Hablaría á Sebastián. ¡Era tan amigo de ella!

Al cabo de una hora llegó Sebastián. A Luisa le pareció más alto, más digno; nunca su mirada fué más recta ni su cara más seria.

—¿Qué hay? ¿Necesita usted algo?—dijo él, después de hablar del tiempo.

Luisa tuvo inexplicable miedo, y contestó:

—Es por Jorge...

—Apuesto á que no ha escrito.

—No.

—A mí no me escribía hace tiempo; pero hoy he tenido dos cartas juntas.

Las buscó entre varios papeles que sacó del bolsillo. Luisa, sentada en el sofá, con mirada ansiosa y palpitándole el corazón, arañaba el forro del asiento.

—Es cierto—decía Sebastián.—He recibido dos cartas y habla de volver; que está aburrido. Vea usted la carta.

Luisa la desdobló y comenzó á leer; pero Sebastián tendió la mano precipitadamente y dijo:

—Perdone usted... no es esa.

—Déjeme usted verla.

—No... si no es nada... negocios...

—No importa; quiero verla.

Sebastián, al borde de la silla, se rascaba la barba mirando á Luisa, y ella, frunciendo el ceño:

—¿Qué es esto?—dijo con sorpresa.—Realmente es...

—Son tonterías... tonterías...—murmuró Sebastián.

Luisa se puso á leer lentamente en voz alta:

—“Sabe, pues, amigo Sebastián, que hice una conquista. No es lo que puede llamarse una princesa, porque es ni más ni menos que la mujer del estanquero. Parece abrasada en el más impuro fuego por este tu servidor. ¡Dios me perdone!, pero creo que me cobra un *veintem* por cigarros que valen un *pataco*, haciendo así á su digno esposo Carlos la doble partida de arruinarle en la felicidad y en el comercio.”

—¡Qué gracia!—murmuró furiosa, y siguió:

“Recelo que se repita en mí el caso bíblico de la mujer de Putifar. Créeme: hay cierta virtud en resistirla, porque ella, estanquera y todo, es lindísima y tengo miedo de que mi flaca virtud sufra un fracaso.”

Luisa dirigió á Sebastián una mirada terrible.

—¡Son bromas!—dijo Sebastián.

Continuó Luisa leyendo:

“¡Si Luisa lo supiese! Por lo demás, mi aventura no acaba aquí. La mujer del delegado me echa unos ojos terribles. Es de Lisboa, de unos tales Camacho, que viven hacia Belem. ¿Los conoces? Se dan aire de morir de tedio en la tristeza de una provincia. Dió una reunión en honor mío y en mi honor, según creo, se descotó. Tiene un hermoso cuello...”

Luisa se puso roja... Era una broma endiablada...

—¡Está loco!—dijo.

“Y aquí tienes á tu amigo hecho un don Juan Tenorio, y dejando un rastro de llamas amorosas por la provincia. Pimentel me encarga...”

Luisa siguió leyendo algunas líneas, y se levantó bruscamente, devolviendo la carta á Sebastián.

—¡Se divierte mucho!—dijo irritada.

—No debe usted tomarlo en serio.

—¿Yo?—dijo ella.—¡Si lo encuentro hasta muy natural!

Se sentó y empezó volublemente á hablar de otras cosas: de doña Felicidad, de Julián...

—Trabaja mucho ahora para las oposiciones—dijo Sebastián;—á quien no veo es al Consejero.

—¿Pero quiénes son esas Camacho de Belem?

Sebastián, en tono casi de reproche, dijo:

—¿Pero ha tomado usted en serio?...

Luisa le interrumpió:

—¿Sabe usted que se marchó mi primo Basilio?

—Sebastián se alegró:

—¿De veras?

—Se fué á París y no creo que vuelva. (Y después de una pausa, como olvidada de Jorge y su carta): En París estará mejor: ya estaba deseando irse. (Y añadió, dando leves golpecitos en los pliegues del vestido): Necesitaba casarse ese muchacho...

—Para sentar la cabeza—dijo Sebastián.

Pero Luisa no creía que un hombre que gustaba tanto de viajes, caballos y aventuras, fuese nunca un buen marido.

Y Sebastián opinó que los libertinos á veces cambiaban y eran buenos padres de familia.

—Tienen más experiencia—murmuró.

—Pero mal fondo—exclamó Luisa.

Y después de estas frases, ambos callaron.

—Hablando francamente, me he alegrado de su marcha. Como hubo aquellas tonterías en la vecindad... Ultimamente, casi no le veía. Estuvo anteayer á despedirse y me sorprendió...—dijo Luisa, añadiendo:—Soy amiga suya, mas somos muy diferentes. Basilio es egoísta y poco afectuoso. Por lo demás, nunca fué grande nuestra intimidad.

Sebastián la había oído decir que se habían criado juntos, así es que al oírlo hablar así de su primo,

parecíale la mejor prueba de que no había habido nada. ¡Casi se reprochaba por las injustas dudas que había tenido!

—¿Y volverá?—preguntó.

—No me dijo nada, pero no lo creo... Cuando se ve en París...

Y de repente, acordándose de la carta de Jorge, dijo:

—¿Conque Sebastián es el confidente de mi esposo?

—¡Señora! ¿Puede usted creer?...—dijo Sebastián riendo.

—Porque á mí siempre me escribe que se aburre, que está solo, que no puede sufrir el Alentejo...—(Sebastián sacó el reloj.)—¿Qué, se va usted ya? Es pronto...

Sebastián tenía que estar en casa antes de las tres.

Luisa quiso retenerle y se puso á hablar de las obras de Almada.

Sebastián las empezó, pensando que doscientos ó trescientos mil reis bastarían para las reparaciones; pero luego, unas cosas trajeron otras y, según dijo, era aquello una sima que sorbía el oro.

—Cuando se es rico...—dijo Luisa riendo á la fuerza.

—Pues parece que no es nada y la pintura de una puerta, una ventana nueva, empapelar la sala, enladrillar esto y lo otro... en fin, que se van ochocientos mil reis...

Se levantó, y despidiéndose, dijo:

—Creo que aquel hablador no tardará en volver.

—Si la estanquera se lo permite.—agregó Luisa.

Quedó paseándose por la sala, nerviosa ante aquella idea. ¡Dejarse hacer el amor por la estanquera, por la del delegado y por otras! Tenía confianza en él, pero los hombres... Si la engañase, si supiera lo

más mínimo, se recogería en un convento, se moriría, ¡le mataría!

—Señora—dijo Juana—, una carta; tiene respuesta.

¡Qué susto! Era de Juliana, escrita en papel rayado, con letra gruesa y plagada de yerros ortográficos, donde decía:

«Si la señora quiere que vuelva y haga el servicio, a lo que creo no se oponga, tendré mucho gusto en serla agradable, ya que confieso que fui imprudente. Nunca habrá nada, siempre que la señora cumpla lo ofrecido; aquello fué un pronto, porque todos tenemos nuestro genio; y con esto, no cansa más su humilde criada,

JULIANA CONCEIRO TAVIRA.»

El primer impulso de Luisa fué decir que no. Pero reflexionó; si se negaba y la otra se irritaba, Dios sabe lo que haría... Estaba en sus manos, debía pasar por todo; era su castigo. Dudó aún un momento y dijo luego:

—Diga usted que sí, que vuelva.

Juliana volvió en efecto á las ocho.

Juana, muy curiosa, la abrumó en seguida á preguntas. ¿Qué había sucedido? Juliana contó que había ido á ver una amiga en la Calzada del Marqués de Abrantes y que la dió de repente flato y dolor. No avisó porque creyó que podía volver, pero había estado medio día en cama.

Quiso Juliana á su vez saber lo que había hecho la señora, si salió, si vino alguien...

—La señora estuvo algo indispuesta—dijo Juana.

—Es el tiempo—dijo Juliana, y cogió su labor, continuando la velada sin que mediaran más palabras entre las dos criadas.

A las diez oyó Luisa llamar levemente á la puerta de su cuarto. ¡Era ella de seguro!

—Adelante...

—El té está en la mesa—dijo con la mayor naturalidad Juliana.

Luisa no se decidía á ir á la sala por miedo de

verla. Paseó por el cuarto, se retardó... y al fin fué, toda trémula. Juliana la encontró en el comedor, se encogió contra la pared y dijo con respeto:

—¿Quiere usted que vaya por la lamparilla, señora?

Luisa, sin mirarla, dijo que sí con un movimiento de cabeza.

Cuando volvió á su cuarto, llevaba Juliana el jarro del lavabo y una vez dispuesta la cama y cerrado las puertas, dijo andando de puntillas:

—¿Necesita algo más la señora?

—No.

—Buenas noches, señora.

Y no medió más palabra.

—¡Parece un sueño!—pensaba Luisa desnudándose.—Esta mujer está en mi casa, con mis cartas para atormentarme y robarme... ¡Se juró á sí misma que iría á hablar á Sebastián, dispuesta á decirselo todo, en su propia casa, para impresionarle más!

A poco se adormeció y soñó que entraba en su cuarto un pajarraco negro con alas de murciélago: ¡era Juliana! Corría aterrada al despacho llamando á Jorge. Pero no veía ni libros, ni armario, ni mesa, sino una pila de fardos de tabaco y tras del balcón á Jorge, acariciando sobre sus rodillas á una mujer de espléndidas formas, en camisa, que preguntaba con voz desfallecida de deseo y con los ojos llenos de pasión:

—¿Brevas, ó tabaco de Xábregas?

Huía entonces Luisa y á través de confusos sucesos, veíase al lado de Basilio en una calle sin fin, en la que los palacios tenían fachadas catedralescas y rodaban majestuosamente los carruajes. Contaba llorosa á Basilio la traición de Jorge y su primo la rodeaba requebrándola, mientras cantaba, arpeggiando en un violín:

*Puse una carta á Cupido
mandándole preguntar
si un corazón ofendido
está en el deber de amar.*

—¡No señor!—chillaba la voz de Ernestillo, blandiendo triunfalmente un rollo de papeles.

Luego se obscurecía todo repentinamente entre los vuelos circulares que daba Juliana con sus alas de murciélago...